

YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Jn 11,1-45

Estaba enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos). Enviaron, pues, las hermanas a decir a Jesús: -- Señor, el que amas está enfermo. Jesús, al oírlo, dijo: -- Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba.

Luego, después de esto, dijo a los discípulos: -- Vamos de nuevo a Judea. Le dijeron los discípulos: -- Rabí, hace poco los judíos intentaban apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Respondió Jesús: -- ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Dicho esto, agregó: -- Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo. Dijeron entonces sus discípulos: -- Señor, si duerme, sanará. Jesús decía esto de la muerte de Lázaro, pero ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: -- Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos a él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: -- Vamos también nosotros, para que muramos con él.

Llegó, pues, Jesús y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios, y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. Entonces Marta, cuando oyó que Jesús llegaba, salió a encontrarlo, pero María se quedó en casa. Marta dijo a Jesús: -- Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dijo: -- Tu hermano resucitará. Marta le dijo: -- Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final. Le dijo Jesús: -- Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: -- Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.

Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: -- El Maestro está aquí, y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y fue a él. ³⁰

Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta lo había encontrado. Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: -- Va al sepulcro, a llorar allí. María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verlo, se postró a sus pies, diciéndole: -- Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Jesús entonces, al verla llorando y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y preguntó: -- ¿Dónde lo pusisteis? Le dijeron: -- Señor, ven y ve. Jesús lloró.

Dijeron entonces los judíos: -- ¡Mirad cuánto lo amaba! Y algunos de ellos dijeron: -- ¿No podía este, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera? Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: -- Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: -- Señor, hiede ya, porque lleva cuatro días. Jesús le dijo: -- ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto.

Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: -- Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: -- ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: -- Desatadlo y dejadlo ir. Entonces muchos de los judíos que habían ido para acompañar a María y vieron lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Jesús no ha venido a liberarnos de la muerte física, sino a ofrecernos una calidad de vida capaz de superar la misma muerte. De esto habla el evangelio del último domingo de cuaresma, el episodio de la resurrección de Lázaro.

El evangelista Juan ha querido en esta página tan importante de su obra, proponernos la novedad de Jesús a cerca de una vida que es capaz de superar a la muerte. Para comprender este episodio podríamos tomar la frase final, que nos deja perplejos pues parece sin sentido la narración lógica de todo el episodio. Cuando el muerto sale de la tumba atado de pies y manos con las vendas y el sudario en la cara, Jesús ordena: “desatadlo y dejadlo que se marche”.

¿Dónde tenía que marcharse el muerto salido de la tumba? Es extraño pues si uno piensa que la resurrección sea la reanimación de un cadáver no se comprende el motivo por el cual las hermanas de Lázaro y los otros judíos presentes, no se habían abalanzado sobre el cadáver reanimado para llevarlo a casa y abrazarlo, alegrándolos de nuevo con su presencia. Nada de

todo esto. Jesús dice que había que desatarlo y dejarlo que se marchase. Esta es la clave de lectura para comprender la novedad del mensaje de Jesús. Una novedad que significa que una vida centrada en el amor del Padre, no puede ser nunca apagada o interrumpida; es una vida capaz de superar el proceso de la muerte.

El evangelista cuenta todo esto de manera muy detallada, poniendo en boca de los personajes de este episodio lo que era la mentalidad común de aquel tiempo, para que se comprendiera mejor la novedad de Jesús. La mentalidad de los discípulos, de Marta y María y de las demás personas que participan en este episodio es una mentalidad muy arraigada que todavía sigue presente en nuestra sociedad, que piensa que con la muerte acaba todo, como dice Marta, cuando Jesús la quiere tranquilizar diciéndole "tu hermano resucitará" y ella con una expresión desolada dice "ya sé que resucitará el último día". No parece muy contenta con la respuesta de Jesús, pues la doctrina de aquel tiempo enseñaba que habría una resurrección al final de los tiempos para los justos. El final de los tiempos era algo desconocido y para entonces Marta habría ya desaparecido, con lo cual, en ese momento las hermanas echaban de menos a su ser querido y no querían esperar al final de los tiempos.

Jesús en este episodio quiere quitar de la mente de sus discípulos estas ideas: que la muerte sea el final de todo y que hay que esperar al final de los tiempos para poder experimentar la resurrección.

Cuando informan a Jesús que Lázaro está enfermo, deliberadamente se queda dos días más en el lugar en el que estaba, no corre hacia él, diciendo que esa enfermedad no es para la muerte, sino para la gloria de Dios. Nos enseña que la muerte física, que antes o después encontraremos, no pone punto final a la vida de las personas, sino que es un momento de paso de entrar en una dimensión de vida definitiva, por eso se habla de la gloria del Padre, pues Dios nos ha comunicado esa misma vida capaz de superar la muerte, vida que viene de la misma fuente del amor que hace que la vida de la persona sea definitiva para siempre.

Por otro lado, cuando Jesús asocia la muerte al sueño al decir que Lázaro se ha dormido, los discípulos no entienden esta imagen, y piensan que si se ha dormido se salvará; en cambio Jesús dice: "Lázaro ha muerto". Para Jesús la muerte física es como un dormir del que uno se despierta con más fuerza y energía con una vida más grande todavía. Por eso cuando Jesús decide ir a Marta y María no entrará en la aldea en donde ellas se encuentran, no entrará en ese lugar donde más se siente la tradición acerca de lo que es la muerte y la resurrección. Tendrán que ser Marta y María las que vayan a su encuentro.

Jesús, al ser interrogado por Marta, dará la respuesta que significa aceptar la novedad que trae con su persona y su palabra. Dice: "yo soy la resurrección y la vida; el que me presta adhesión, aunque muera, vivirá, pues todo el que vive y me presta adhesión, no morirá nunca". Para todos aquellos que creen en Jesús, la muerte no interrumpe la vida. Esta persona vivirá para siempre. Todo el que vive y le presta adhesión a él, no tendrán experiencia de la muerte, sino que la muerte es el pasaje hacia una dimensión de vida más profunda, auténtica y real.

Jesús tiene que tener paciencia pues las hermanas y los judíos se dejan llevar por el llanto y la desesperación; tiene que reprimirse porque no entienden la novedad que ha traído. Se le saltará las lágrimas porque siente el dolor por la ausencia de su amigo, pero a diferencia de Marta y María no llega a la desesperación sino que muestra el cariño hacia las personas que se quieren.

Jesús interviene al final del episodio diciendo que hay que quitar la losa, que hay que superar la idea de una separación entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. La losa de la tumba significaba esta separación.

Jesús dará gracias al Padre porque siempre lo escucha, y de esta manera, va dar a conocer en Jesús el don de una vida que es capaz de superar a la muerte. Por esto Jesús gritó muy fuerte el grito que rompe las cadenas de la muerte, diciendo a Lázaro "ven fuera", y salió el muerto. Es curioso que el evangelista no diga que salió Lázaro. De esta manera Juan nos está presentando de qué manera la comunidad se tiene que liberar cuando realmente acoja a Jesús como el dador de vida, de esa mentalidad que la tenía atada a una imagen de la muerte como final de todo.

Hay que desatarse, liberarse de esa imagen, para pensar y creer que cuando uno muere no se encontrará en una tumba, sino que a la muerte de una persona, esta continúa su camino hacia el Padre. Desatarse, significa sobre todo, liberarse de esa imagen tan desesperante en que la muerte nos ha arrebatado a un ser querido. Por eso Jesús da la orden de dejar marchar al muerto, pues Lázaro ya está con el padre.

Son los discípulos quienes deben aceptar esta nueva enseñanza. Tienen que reconciliarse de tal manera que la muerte, aunque sea dolorosa, no impedirá que se siga sintiendo cercana la presencia y el cariño de los seres queridos.

Jesús ha venido a darnos la vida capaz de superar a la muerte; esto se consigue cuando estamos dispuestos a darle nuestra adhesión y acoger su modelo de humanidad viviendo según sus enseñanzas. Esto nos comunica una vida tan fuerte y auténtica, que nos hace vivos para siempre.

Vivir una vida definitiva que no tendrá nunca fin.